



ENCUENTRO ENTRE DOS GOTAS DE AGUA

—Hola, Sabina, cuánto tiempo sin verte, ¿por dónde has andado?

—Hola Mariquita, dame un abrazo, que esto hay que celebrarlo, siete años sin vernos es mucho tiempo. Primero estuve esperando allá por las Azores, a que Neptuno me enviara en una nube pero fueron otras las agraciadas, así que, merodeando en alta mar. Últimamente he tenido más suerte y he viajado bastante. ¿Y tú? ¿Qué has hecho en este tiempo?

—También he viajado bastante porque de un tiempo a esta parte Neptuno nos solicita a menudo y yo me apunto a subir a todos las nubes. Por donde más he viajado es por Europa ya que la corriente nos lleva hacia allí.

— ¿Y dónde has disfrutado más, en el campo o en las ciudades?

—En ambos lugares casi a partes iguales, aunque me decanto por la naturaleza; es más agradecida. Las ciudades, depende del país. Por ejemplo en Viena he disfrutado mucho porque es una ciudad muy limpia y nos tratan bien, por el contrario, en Madrid, he tenido que aguantar hasta insultos.

— ¡¿Insultos?!

—Sí.

— ¿Por qué?

—Porque son muy impulsivos. Están pidiendo lluvia para que le limpiemos las porquerías que lanzan a la atmósfera, ciudad, que dicho sea de paso, no brilla por su limpieza como otras grandes de Europa, quizás también porque precisamente llueve menos, de modo que cuando la rociamos generosamente se quejan que le mandamos demasiado agua.

— ¿Por qué?

—Porque dicen que le provocamos atascos en el tráfico de la ciudad.

—Pues deberían estar agradecidos por la lluvia.

—Eso digo yo, pero no siempre es así, porque a más de un conductor le he oído rezongar: “Ya tenemos aquí otra vez la puta lluvia”.

— ¡Por Dios!, Mariquita, qué talante, qué violencia.

—Sí, son bastante desagradecidos, eso no te lo dicen en Viena, ni en París. Lo peor de todo es que hay conductores que culpan a las mujeres al volante de los atascos cuando llueve.

— ¿Por qué?

—Según he oído porque son inexpertas al volante.

—Eso es porque son un poco machistas.

— ¿Solo un poco?

—No un poco, un mucho.

—Me alegro que lo digas tú, Sabina, que eres más experta.

—Y ¿qué me cuentas de tu experiencia en el campo?, Mariquita.

—Esta primavera he salido de viaje varias veces. El último ha sido el más estupendo ya que al ser primavera he disfrutado mucho. Detesto el invierno porque una vez nos transformamos en nieve en los Pirineos y hube de esperar el verano para retornar a casa. Así que esta vez me tocó caer en el campo, cerca de la frontera portuguesa. Engrosamos un regato, lleno de flores acuáticas en ciertos tramos, después llegamos en tromba a un pequeño tobogán y allí nos esperaba un tipo cantando con la guitarra. Quise pararme para escuchar un rato pero las que venían detrás empujaban porque también quería disfrutar de la música. Fue un viaje inenarrable hasta que llegamos al gran río que nos llevó a casa. Pero entretanto pasamos por un túnel a gran velocidad, nunca había tenido esta experiencia.

—Yo ya he pasado. Es el túnel que desemboca en una turbina para producir electricidad. Hasta para eso les servimos, se aprovechan de nosotras y ni siquiera nos dan las gracias.

—Menos mal que al salir del túnel, río abajo, ya en calma, disfrutamos del aroma de la primavera, también de la compañía de un crucero con turistas hasta Oporto para seguir hasta mi destino y volver a empezar porque yo me apunto a todos los viajes.

—Aprovecha, que eres joven aún, no como yo que pronto Neptuno me jubilará.

—No es mal periodo, la jubilación: vagar sin otra preocupación, ¿no te parece?, Sabina.

—Sí. Espero disfrutar, aunque nunca tanto como cuando una es joven. Recuerdo uno de los mejores momentos de esa juventud lo mucho que disfruté con otra gota, tan alegre como yo.

— ¿Fue en la ciudad?

—No, en el campo, en la ladera de un río cercano al que te llevó a Oporto. Resulta que caí en una hoja de hiedra y me divertía resbalando hasta caer en otra más abajo y así mientras otra gota hacia lo mismo y ambas nos mirábamos. En un momento me dice: “¿Por qué no hacemos una apuesta a ver quién aguanta más sin caer en la siguiente hoja?”. Acepté convencida de que iba a ganar. Yo me resbalaba con cautela, llegaba a la punta y frenaba cuanto podía pero la inercia me vencía y caí antes que ella. En la siguiente hoja aguanté, me retuve hinchándome. Ella me miraba cuando llegamos al extremo y ambas éramos gordas de verdad, con un barrigón tremendo. Ella temblaba en el vacío agarrada a la hoja por un hilito, y yo también. Ambas temblábamos en el aire, nos mirábamos, yo retenía el aliento a ver si caía ella antes, casi no resistía ya el peso y estaba a punto de caer cuando un pájaro se posó cerca de ella, la hoja tembló y así cayó la primera. Se enfadó con el pájaro. Había un chaval guardando cabras que miraba como nos hinchábamos y como aguantábamos en la punta de la hoja, temblando pero con el arrojo de un funambulista aguantábamos hasta que por fin

caímos a la par. El chaval hizo un amago de soplar para tumbarnos pero se ve que le gustaba nuestro juego y desistió para contemplarnos embelesado. Nos pasamos la mañana en este juego y admitimos que aquello acabó en un empate. Después fue llegar al río y por fin a casa para volver a empezar.

—Muy divertido, Sabina. ¿Será eso el movimiento perpetuo del universo?

—Es lo que yo pienso, Mariquita. Aunque también lo llamo el eterno renacer.

—Viene a ser lo mismo.

—Suerte en tu jubilación, Sabina

—Y a ti, Mariquita, para lo que te queda de viajar por el mundo.